

troducido por uno de los ujieres del palacio. La Reina vió de lejos que ese secretario tenía una carta en la mano; levantóse del banco en el que estábamos sentadas y rápidamente salió a su encuentro.

El joven se inclinó y le entregó la carta.

La Reina la abrió con rapidez, la leyó, hizo un signo de impaciencia, y me la pasó.

—¿Tiene Vuestra Majestad algo que ordenarme?—preguntó el joven.

—No, señor; sólo tengo que darle las gracias.

El joven se inclinó, y al retirarse, pidió que se autorizase al ujier para darle un recibo de la carta y certificar que había sido entregada a la misma Reina.

El ujier recibió orden de hacer lo que se le pedía. El y el secretario se alejaron.

La Reina echó un brazo alrededor de mi cuello, y leyó por encima de mi hombro:

—¿Comprendes?—preguntó.

—Sí—respondí,—perfectamente.

Y leí en voz alta:

«La caza ha sido aplazada para el 21. Saldremos a las doce de la noche, para llegar al lugar convenido al amanecer. Esta demora es debida a una carta de crédito que vence el 20 por la mañana.»

La carta carecía de firma; pero la Reina reconoció el carácter de letra de su hermana María Antonieta.

—¿Cómo! ¿Su Majestad no entiende?—pregunté.

—Sí, por cierto—dijo la Reina.—Partirán el 20 a media noche, en vez del 18, porque es el 20 por la mañana cuando el Rey percibe su pensión.

—¿Y a cuánto asciende lo que debe cobrar?

—A seis millones.

—¿Cáspita! Vale la pena—dije yo sonriendo.

—Sí—respondió la Reina;—pero, ¡otros dos días de retardo! ¡Quién sabe lo que puede ocurrir en estos dos días!

Luego, sacudiendo la cabeza:

—¡Ah! mi pobre Emma—dijo;—¡abrigo tristes presentimientos!

Es de notar que la Reina reservaba todos sus temores para sí y para mí, y no hablaba de ellos ni una palabra al Rey ni al ministro.

Los días transcurrieron. Carolina no iba a Nápoles, no salía de Caserta y yo no me separaba de su lado; sir Guillermo, para quien no teníamos secretos, y que conocía el desasosiego de Su Majestad, me instaba a que le fuese fiel compañera.

Todo el día 20 María Carolina estaba visiblemente agitada; habríase dicho que se proponía, por medio de fatigas corporales, alejar de su ánimo las preocupaciones de odio. A partir de las doce de la noche, su agitación adquirió, si cabe, mayores proporciones.

Momentáneamente, tuvo la intención de despachar de nuevo a Ferrari para París; pero, reconociendo que, por muy de prisa que fuese, no llegaría antes de la salida de la familia real, desistió, optando por retener a Ferrari consigo, para un caso de necesidad.

María Carolina esperaba que en el acto de la salida, el Rey o la Reina le enviaría un correo dándole aviso de la misma; en tal caso, el mensajero era esperado por todo el día 29 de junio.

Los días 29 y 30 y las primeras horas del primero de julio, transcurrieron sin noticias; pero, dicho día, sobre las once de la mañana, sir Guillermo vino personalmente y me hizo llamar.

La Reina, para quien todo era objeto de alarma, me instó a que bajase sin perder tiempo.

Sir Guillermo me esperaba en un saloncito de los bajos. Al verle, comprendí que era portador de malas noticias.

—¿Qué ocurre?—le pregunté en inglés.

—El Rey y la Reina han sido detenidos en una ciudad llamada Varennes—me respondió sir Guillermo,—y a esta hora deben haber sido conducidos a París.

—¿Será verdad, sir Guillermo?

Volví al lado de la Reina, que me esperaba con la mayor impaciencia en el umbral de la puerta. Había oído, sin

comprenderlas, las palabras de sir Guillermo; pero, en la entonación con que éste habló, adivinaba que no encerraban nada bueno.

Se dirigió a mi esposo, interrogándole en francés.

—Señora—respondió el interrogado,—yo anunciaba una gran desgracia a milady.

—¡Mi hermana ha sido asesinada!—gritó la Reina.

—¡No, señora! Dios no ha permitido semejante crimen. Su hermana vive, pero ha sido detenida en su huida, y llevada prisionera a París.

—¡Prisionera! ¡Mi hermana! ¿Se han atrevido a poner la mano en una persona real?

—Su primer impulso, señora, ha sido pensar que su hermana había sido asesinada.

—Comprendo que se asesine a una Reina; un loco o un fanático puede hacerlo; mas, para arrestarla, es preciso una rebelión abierta, un levantamiento popular, una revolución.

—¿Qué nombre dará Vuestra Majestad a lo que ocurre en Francia, sino el de revolución?

—Espero, a lo menos, que la Reina esté prisionera en su palacio; ¿no es así?

—No sabemos nada todavía, señora, sino que a cuarenta o cincuenta leguas de París, en una pequeña población llamada Varennes, han sido detenidos el rey y la reina de Francia. Por la embajada de Inglaterra me ha sido enviado un correo portador de un despacho que no contiene otras noticias. A la salida del mensajero, los Reyes habían sido ya conducidos a Châlons, y tres representantes del pueblo salían de París para ir a su encuentro y protegerlos.

—¡Protegerlos!—exclamó María Carolina.—¡Tres abogados probablemente, protegiendo al rey y a la reina de Francia! ¡Es sorprendente!... ¿Puede ver a ese mensajero?

—Lo he traído aquí pensando que Vuestra Majestad desearía interrogarle.

—¡Gracias! hágale venir. Tú, Emma, me servirás de intérprete, ¿verdad?

—Creo que habla francés—dijo sir Guillermo.

—Tanto mejor—observó la Reina.

Cinco minutos después, el viajero estaba en presencia de María Carolina.

Pero, por desgracia, no sabía nada más que lo recogido de entre los rumores callejeros. Oyó decir que, al saberse la fuga del Rey, quisieron matar a M. de La Fayette, a quien se acusaba de haber favorecido la evasión. Los habitantes de París estaban excitados, y el Rey podía temerlo todo a su entrada en la capital, si no se tomaban grandes precauciones para su seguridad.

De repente, mientras daba estos detalles a María Carolina, se acordó que oyendo vocear en las calles: ¡Arresto del rey Luis XVI! había comprado el diario que daba esta noticia.

La Reina alargó la mano ávidamente. El mensajero sacó de uno de sus bolsillos un número del periódico *Révolutions de France et de Brabant*, de Camilo Desmoulins.

La Reina recorrió las columnas del diario, y, estrujándolo con ambas manos, exclamó con una expresión de ira imposible de describir:

—¡Oh, miserables! ¡fuera mejor que la matasen diez veces, cien veces, antes de insultarla cual lo hacen!

Me apoderé del diario, para devolverlo al mensajero.

—¡Oh! lee, lee—dijo la Reina;—quiero que veas cómo esos infames franceses tratan a su Rey.

Leí un párrafo que terminaba con estas palabras:

«... El no se acuerda ya del proverbio: *Plures occidit gula quam gladius*. La dilación en los preparativos le ha sido fatal.»

—Tales ataques no merecen más que el desprecio—dije a la Reina.

Pero ella, sin escucharme:

—Y viendo cómo tratan a su hermana—exclamó,—todos los reyes deberían levantarse como un solo hombre, y caer sobre París, no dejando piedra sobre piedra en la villa maldita. ¡Oh, reyes, familia de cobardes! ¿No veis que lo

que ocurre allí equivale a vuestro proceso?... ¡Sir Guillermo!

—Señora—dijo éste, inclinándose.

—¿Regresa usted en seguida a Nápoles?

—Si Vuestra Majestad así lo desea...

—Sí, lo deseo. ¿Puede usted cederme un puesto en su coche?

—Será un gran honor para mí, señora.

—No, mejor que eso; parta usted; nosotras le seguiremos dentro de un cuarto de hora. Vaya a palacio y diga de mi parte al Rey que reuna el Consejo. Quiero hablar a todos los consejeros; no veo ningún preparativo de guerra, y, sin embargo, estamos comprometidos con nuestro hermano Leopoldo. Sería una vergüenza para nosotros que él estuviese preparado y nosotros desprevenidos. ¡Vaya usted, sir Guillermo! vaya y procure saber si podemos contar con Inglaterra.

Generalmente, cuando la Reina se expresaba así, había tal poder en su palabra, tal dignidad en sus ademanes, tal majestad en su persona, que los que la rodeaban no podían dejar de obedecerla.

Sir Guillermo se limitó a saludar, subió en el coche y gritó al cochero:

—¡Al palacio real; corriendo!

Quince minutos después, conforme la Reina había anunciado, íbamos en coche por el camino que hacía sir Guillermo.

LII

Aunque la Reina hubiese dado al cochero el mismo encargo que sir Guillermo en el sentido de acelerar la marcha, éste llegó veinticinco minutos antes que nosotras merced a la bondad de sus caballos, que eran los mejores de Nápoles, sin exceptuar los del Rey.

Al entrar en el palacio, la Reina encontró el Consejo reunido. El ministro

Acton había también recibido la noticia de la detención del rey de Francia, y consideró que el hecho valía la pena de ser llevado al Consejo.

No supe más que de oídas lo que pasó, pues me separé de la Reina, y el mismo coche me fué al hotel de la Embajada.

Al comenzar el Consejo, el Rey manifestó que otros asuntos más importantes solicitaban su atención, por lo cual pensaba retirarse sin esperar el final. Súbitamente, en lo álgido de la discusión, alguien hubo de llamar a la puerta.

La Reina preguntó contrariada quién era el audaz que llamaba a la puerta del Consejo; pero el Rey hizo un signo.

—Querida maestra—dijo,—no te impacientes; vienen por mí; sé quién es. Y esto diciendo, salió.

La Reina pudo ver a un montero que esperaba al Rey.

Casi en el acto, el Rey volvió a entrar, y dijo:

—No puedo quedarme; tengo que hacer; reemplázame, querida Carolina. Como siempre, lo que tú hagas, será bien hecho.

Y saludando a la Reina y a los ministros con un movimiento de mano, cerró la puerta, y se oyeron pasos que se alejaban precipitadamente.

La Reina estaba acostumbrada a este proceder del Rey, que, por lo demás, no la preocupaba gran cosa; pero en aquella ocasión, consideraba las circunstancias harto graves y le parecía que Fernando debía haber continuado en el Consejo hasta su terminación, porque, al fin y al cabo, también en todo lo que ocurría se jugaba en alto su proceso.

En plena deliberación, trajeron a la Reina una carta recibida de Viena; era de su hermano Leopoldo, y le anunciaba cosas de la mayor importancia.

El Emperador le comunicaba que el mes siguiente, hacia el 20 de agosto, celebraría una entrevista en Pilnitz con Federico Guillermo, rey de Prusia. Era probable que de esa entrevista resultaría una declaración de guerra a Francia.

El Emperador suplicaba a su cuñado Fernando que tuviese dispuesto el contingente que había ofrecido cuando estuvo en Viena. El Emperador ignoraba aún el arresto de Varennes, pero debía ya conocerlo cuando su carta fué recibida en Nápoles.

Carolina tuvo la satisfacción de saber, por los datos aportados por Acton, que si las hostilidades con Francia no se habían roto aún, cuando menos todo estaba dispuesto para la invasión del territorio francés. Treinta y cinco mil alemanes avanzaban hacia Flandes; otros quince mil en dirección a Alsacia; quince mil suizos se apercebían a marchar sobre Lyon: un ejército piemontés amenazaba al Delfinado, y veinte mil españoles estaban prontos a pasar la frontera.

El general Acton, como ministro de la Guerra y de Marina, prometió a la Reina que se organizarían manufacturas de armas y fábricas de pólvora.

Todo esto, por lo que se refería al exterior; pero la Reina tenía resuelto someter el interior a una vigilancia que previniese todo acontecimiento que pudiese tener alguna analogía con los sucesos de Francia. Se acordó poner número a las casas de la ciudad que no lo tuviesen; se establecieron comisarias exclusivamente encargadas de una policía política. En fin, un joven que el general Acton creía poder recomendar a la Reina como osado y hábil, además de ambicioso, recibió un título abolido hacía mucho tiempo, pero que aquellos momentos de agitación volvían a poner en uso.

Ese joven era el caballero Luis de Médicis, que, una vez se hubo hecho cargo de su destino, no debía ya soltario.

La Reina no tenía por qué estar disgustada; en una sola sesión se trabajó más y se hizo más labor que en diez sesiones ordinarias. A la salida del Consejo quiso saber cuál era el asunto tan urgente que motivó la brusca salida de Fernando.

El montero vino a decir al Rey que una magnífica bandada de papafigos se había posado en Capodimonte. Ese era el importante asunto que impidió al

rey Fernando continuar presidiendo el Consejo en que se debatían tan graves y trascendentales cuestiones.

María Carolina me había dicho que a las seis en punto estuviese yo en palacio. Hacía media hora que la esperaba cuando salió del Consejo. Me contó, encogiéndose de hombros, la ocurrencia del Rey; pero, a la postre, ella era la que salía ganando, pues, con la actitud de Fernando, asumía las funciones del Rey, y su despotismo quedaba satisfecho.

Tomamos el coche y volvimos a Caserta.

En el camino nos cruzamos con una silla de posta llena de polvo y que parecía haber hecho un largo trayecto. Al reconocer la librea real, una mujer dió orden de parar a su postillón.

Era evidente que aquella mujer venía en busca de la Reina.

La Reina hizo parar el carruaje, y esperó.

La viajera saltó de su silla, y en un instante estuvo a nuestro lado.

—¡De parte de la reina María Antonieta!—dijo.

—¿Viene usted de parte de mi hermana?

—Sí, señora.

—¿Tiene usted una carta suya?

—En mi cartera...

—¿De ella misma?

—¿Conoce Vuestra Majestad la clave de la Reina?

—Perfectamente. Diga a su postillón que nos siga, y suba usted con nosotras... ¿Su nombre?

—Mi nombre es desconocido para Vuestra Majestad, señora; pero creo que diciéndole que soy *Inglesina*...

—¡Ah! sí, sí; es usted inseparable de la princesa de Lamballe. ¡Suba con nosotras, suba!

La joven dirigió al postillón algunas palabras en perfecto italiano y subió con nosotras.

—¿Qué día salió usted de París?

—El 26 de junio, señora; el día siguiente de la entrada de la Reina, prisionera.

—¿Cómo se encontraba mi hermana?

—Perfectamente, señora, aparte las

emociones y fatigas de tan terrible viaje.

—¿Cuál es su situación en las Tullerías?

—Prisionera, señora, no hay para qué ocultarlo, y continuará prisionera hasta que el Rey haya jurado la Constitución.

—Que la jure y que espere hasta que nosotros podamos llegar en su socorro.

—¡ Ah! señora; ese socorro es lo que yo vengo a pedir urgentemente a Su Majestad.

—Esté usted tranquila, que no lo hemos olvidado.

Entretanto, la Reina abrió la carta de su hermana; pero en vano intentaba descifrar su sentido.

—No puedo leer sin tener la clave a la vista—dijo con impaciencia.

—Es la palabra *Ludwico* repetida tres veces y seguida de una *D*.

—Sí, pero la leeré en Caserta con la imaginación en reposo. Dígame quién la envía; déme detalles de su viaje; dígame lo que se decía en París a su salida.

—Corriendo gran riesgo, quise asegurarme de que Su Majestad se encontraba de nuevo en palacio sin haber sufrido ningún accidente, y, como se conocía el itinerario de los soberanos, me aposté desde muy de mañana en el jardín de las Tullerías. No bien la Reina hubiese entrado, debía yo ir a notificárselo a la princesa de Lamballe, que estaba en casa de su padre, el duque de Penthièvre. Debo declarar a Vuestra Majestad que el aspecto de la población era por demás amenazador.

—¿Contra quién?

—Contra el Rey y la Reina, señora.

—¡ Oh, malditos franceses!

—Vi de lejos acercarse el coche real. Venía protegido por granaderos, que también tenían el encargo de proteger a los tres guardias que acompañaron al Rey en su huida, y que habían rehusado evadirse a Meaux, dispuestos a seguir la suerte del Rey.

—¿Sabe usted cómo se llaman esos bravos?—preguntó la Reina.

—Moustier, Malden y Valori.

La Reina tomó nota de estos nombres.

—Continúe usted—dijo en tanto que escribía.

—M. de La Fayette, con todo su Estado Mayor, esperaba el coche en la reja de las Tullerías. Al verle, la Reina le dijo: «Señor de La Fayette, salve usted a los tres guardias; ellos no han hecho más que obedecer al Rey.»

La reina Carolina se enjugó con su pañuelo el sudor que inundaba su frente.

—¡ Oh!—dijo;—¡ cuando considero que acaso estamos destinados a ver grandes y semejantes horrores!... ¡ Oh! no, no!—continuó apretando los dientes;—¡ yo los exterminaré a todos muy pronto!

Yo le cogí las manos.

—¡ Oh! ¡ jamás, jamás!—le dije;—estad tranquila, señora.

—¡ Si supieses cuánto me odian estos napolitanos! Acaso más de lo que los parisienses odian a mi hermana... Pero, sepamos, ¿cómo llegó mi hermana a palacio?

—En cierto modo, fué conducida por sus dos más grandes enemigos, M. de Noailles y M. d'Aiguillon; así que, cuando se vió en su poder, se consideró perdida. Se engañaba: estaban allí, no para perderla, sino para salvarla.

—¿Y el Rey?

—El Rey bajó el último, señora. Me pareció muy sereno; caminaba con su paso natural, entre M. de Barnave y M. Pétion.

—¿Y entonces... usted?...

—Volví al hotel de Penthièvre a dar a la princesa de Lamballe la buena noticia de que la Reina se encontraba en palacio sin novedad. Por la noche, vino *madame* Campan. Traía de parte de la Reina esta carta que he tenido el honor de entregar a Vuestra Majestad; en nombre de la reina María Antonieta, rogaba a Vuestra Majestad que se envíe un duplicado al emperador Leopoldo, a quien no tuvo tiempo de escribir. La noche del 23 al 24 la pasó en Meaux, y en el obispado encontró el medio de escribir a Vuestra Majestad.

—¡ Ah! ¡ pobre María mía! ¡ pobre

María!...—exclamó la Reina.—¿Por qué no es ella, en vez de esta carta, la que yo pueda estrechar contra mi pecho? ¡ Que se salve, huya y venga a encontrarme! ¡ Será mucho más feliz en Nápoles y Caserta que en Versailles y París!

—Si ella pudiese, señora—dijo *Inglesina*,—no dejaría de hacerlo, y ciertamente se sentiría muy dichosa.

En esto, entramos en el palacio de Caserta.

—Encárgate de nuestra querida *Inglesina*—dijo la Reina dirigiéndose a mí.—Procura que nada le falte. Voy a leer la carta de mi pobre María y seguir las instrucciones que me da.

Una hora después salía para Nápoles un mensajero, portador de una invitación al general Acton para que viniese el día siguiente a Caserta, y de una orden para el correo del emperador Leopoldo, en la que se le comunicaba que antes de partir viniese a recibir los despachos de la Reina.

LIII

La historia de nuestra *Inglesina*, a la cual continuaré llamando así por haberme recomendado que no la llamase con su verdadero nombre, era muy sencilla. Única descendiente de una familia noble arruinada, y protegida por el duque de Norfolk y lady María Duncan, que habían conocido a su familia y la habían colocado en el convento irlandés de la calle de Bac, recibía allí lecciones de Sacchini, profesor de música de la Reina. Admirado de los progresos que hacía su discípula, y, además, habiéndole oído hablar con intachable corrección el italiano y el alemán, el autor de *Edipo en Colonia* habló con tanto elogio de esa joven a María Antonieta, que ésta manifestó de-

seos de verla. La princesa de Lamballe dijo a Su Majestad que iría de incógnito al convento a la hora en que Sacchini diese su lección. Efectivamente, fué al convento, y a su regreso a las Tullerías aseguró a María Antonieta que los elogios del ilustre compositor no eran exagerados. Al día subsiguiente, *Inglesina* fué recibida por la Reina, quien, pensando en los servicios que podría prestarle, en las graves circunstancias por que atravesaba una mujer que hablaba el inglés, el alemán e italiano, se atrajo a la joven, más bien con buenas palabras que por medio de promesas, que en aquella ocasión la Reina no se habría atrevido a formular temiendo no poder cumplirlas.

La propia *Inglesina* nos contó que había recibido de la reina de Francia la misión que a la sazón desempeñaba cerca de la reina de Nápoles. Había salido de Francia siendo portadora de dos cartas: una para María Carolina, la otra para la duquesa de Parma. Encontrándose Parma en el camino de Nápoles, la carta de la Duquesa fué la primera que entregó.

Inglesina, al llegar a Parma, había sabido que la Duquesa se encontraba en Colorno, su casa de campo.

Partió en el acto para Colorno, y llegó en el preciso momento que la Duquesa iba a salir a caballo; hizo señal a un criado que se acercase a su coche, y le dijo que previniese a la Duquesa de su llegada. El criado volvió al lado de la Duquesa y le anunció que una señora joven, llegada de París, tenía que hablarle, como portadora de una carta que no podía entregar sino a Su Alteza personalmente.

Inglesina siguió con los ojos al criado intermediario, y vió que la Duquesa se estremecía y se turbaba al oír las palabras *una señora joven llegada de París*; pero, tan pronto como advirtió su presencia, la Duquesa se acercó al coche, e *Inglesina* le repitió en alemán, para no ser entendida ni de los franceses ni de los italianos que rodeaban a Su Alteza, lo que le había comunicado por medio del sirviente, a saber, que venía comisionada de la reina María Antonieta con una carta que

no podía entregar sino a la propia Duquesa.

Esta invitó entonces a *Inglesina* a bajar del coche, la hizo entrar en el palacio, la siguió y leyó la carta, mientras la mensajera tomaba un refrigerio.

No bien hubo la Duquesa leído la primera línea, exclamó en italiano:

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡todo se ha perdido; es demasiado tarde!

A medida que iba leyendo, repetía:

—¡Inútil, absolutamente inútil! ¡Todo se ha perdido!

Después, volviéndose hacia *Inglesina*, añadió:

—Siento que no le sea posible a usted detenerse aquí y descansar un poco. Si vuelve usted a Parma, tendré mucha satisfacción en verla.

Esto dicho, sacó un pañuelo, y se enjugó una lágrima, diciendo:

—Las circunstancias son hoy día de tal naturaleza, que responder a esta carta sería peligroso, tanto para mí como para mi hermana, y hasta para usted.

Y montando nuevamente a caballo, partió al galope, después de haber despedido a *Inglesina* un feliz viaje.

Inglesina encontró a la duquesa de Parma un tanto reservada con respecto a los peligros que corría su hermana; pero, teniendo necesidad de llegar a Nápoles, se puso en camino sin tomar descanso.

A los contratiempos siguieron las catástrofes. *Inglesina* viajaba, conforme he dicho, en una silla de posta, llevando un criado en el pescante. Ese criado cuidaba del cofrecito en que la viajera guardaba el dinero y sus más preciosos objetos. Queriendo llegar de día a Roma, encargó al doméstico que fuese a preparar los caballos; pero, no quedando nadie allí para guardar el cofrecito, se lo robaron entre Agua-Pendente y Monte-Rosa, de modo que, al llegar a Roma, la infeliz vió que sólo le quedaba dinero para pagar la posta, pero no para continuar el viaje hacia Nápoles. Afortunadamente, llevaba consigo una carta de recomendación para la duquesa de Paoli, que residía en Fontana-Trevi. Al otro día de su

llegada fué a casa de la Duquesa, le entregó la carta y le contó sus desdichas.

La Duquesa le prestó cien ducados, que le permitieron proseguir la marcha. *Inglesina* sabía que, una vez en Nápoles, no tendría necesidad de nada.

La Duquesa, además, le entregó una carta de recomendación para... sir Guillermo precisamente. Ignorando quién era yo, *Inglesina* me preguntó si conocía al embajador de Inglaterra, si era un hombre servicial y si podía recomendarla a él. Por toda respuesta, con gran asombro de *Inglesina*, abrí la carta dirigida a sir Guillermo. La duquesa de Paoli rogaba a mi esposo que mandase practicar todas las diligencias necesarias a fin de que la pobre *Inglesina* pudiese recobrar el cofrecito. No sabiendo si yo vería a sir Guillermo antes de la salida del correo del Emperador, cogí una pluma y escribí al cónsul inglés en Roma, suplicándole que insistiese cerca de las autoridades pontificias para que se hiciesen todas las gestiones oportunas y del modo más serio. Señalaba a los dos postillones a quienes, antes que nada, era conveniente detener, por haberme dicho *Inglesina* que eran dos ladrones de oficio. Terminada la carta, la di a leer a *Inglesina*, la cual comprendió todo el misterio de mi indiscreción, viendo que firmaba lady Hamilton. Al propio tiempo, saqué de mi dedo un hermoso brillante, y le supliqué que lo aceptase en recuerdo del modo original con que nos habíamos conocido.

Estábamos allí cuando la Reina entró y tuvo la bondad de preguntar a *Inglesina* si había sido bien atendida por mí. Esta respondió cogiéndome con vehemencia la mano, que besó sin darme tiempo de evitarlo.

La Reina continuó interrogándola, y en forma que le probase que se interesaba mucho más que la duquesa de Parma en los acontecimientos de Francia y por los peligros que amenazaban a su hermana. Después, observando que la pobre *Inglesina*, a pesar del respeto que le inspiraba su real presencia, se estaba cayendo de sueño, la mandó descansar.

Pero, en la puerta, la joven casi tro-

pezó con el general Actón, el cual, aunque citado para el día siguiente, sabiendo que se trataba de un mensajero, o por mejor decir, de una mensajera procedente de Francia, acudió para demostrar su celo y ponerse a disposición de la Reina.

—¡Perdón, señora!—dijo Actón;—iba a anunciarme cuando la señorita ha abierto la puerta y me he encontrado en presencia de Vuestra Majestad.

—Venga usted pronto, general—repuso la Reina.—No es cuestión de etiquetas en los actuales momentos. Sabe usted lo que ocurre; sabe usted que mi hermana y su marido están prisioneros en las Tullerías. Luis XVI se encuentra precisamente en la misma situación que el rey Carlos I de Inglaterra. Será decapitado lo mismo que éste.

—¡Oh! señora—dijo el general,—crea usted que se exagera.

—Entre usted, *Inglesina*, entre usted!—exclamó la Reina,—y precise los hechos. Me irritan con su apatía.

—¿Cuándo salió usted de París?—preguntó el general.

—¡Dios mío! ¡señor!—dijo la Reina con impaciencia;—cuando todo estaba perdido...

—¡Por favor! deje Vuestra Majestad hablar, señora—interrumpió Actón,—y verá cómo no se ha perdido todo. Tenga un poco de paciencia.

—¡Paciencia!—repuso la Reina,—¡paciencia! Desde la toma de la Bastilla, o sea desde hace dos meses, no oigo pronunciar otra palabra.

Dejose caer sobre un sillón y, dirigiéndose a *Inglesina*, a quien la emoción de la Reina había reanimado:

—Cuénteselo usted todo, y cuando lo sepa; veremos si se atreve a decir: ¡paciencia!

A medida que *Inglesina* se explicaba, la Reina movía la cabeza, repitiendo:

—¿Y bien? ¿Y bien?

Cuando la mensajera hubo terminado:

—He recibido una carta de mi hermano el Emperador—dijo Carolina.—Me escribe que el día 27 de agosto debe celebrar en Pilnitz una entrevista con el rey Federico Guillermo. Escri-

bale usted en nombre del rey Fernando que nos adherimos de antemano a todo lo que haga, y que puede contar con 25.000 hombres y 25 millones.

El general sonrió.

—Los hombres, pase—dijo;—pero el dinero, será más difícil. Las cajas están vacías; ya lo sabe Vuestra Majestad.

—¡Bueno! se llenarán, aunque sea preciso ocurrir a los diamantes de la Corona. Por lo demás, si usted no le escribe en nombre del rey Fernando, le escribiré yo, o más bien, le he escrito ya; he aquí la carta.

—Vuestra Majestad sabe—dijo el general Actón—que siempre participo de su opinión; pero le haré observar que la señorita (y señaló a *Inglesina*) tiene aspecto de estar enferma a causa de lo muy fatigada que se encuentra.

—Lo estoy menos de mi viaje que de mi pesar—replicó *Inglesina*,—pensando en la desgracia que amenazaba a los ilustres personajes que he dejado hace poco.

—No importa, no importa—dijo la Reina,—retírese usted a su aposento, acuéstese y duerma, si puede, veinticuatro horas.

Y, en efecto, la pobre *Inglesina* estaba más enferma de lo que creía, o de lo que no quería confesar. Por la noche, a las nueve, fué acometida de violenta fiebre y tuvo necesidad de guardar cama ocho días.

Durante esa semana, la Reina no dejó un solo día de ir personalmente al cuarto de la enferma, para enterarse de su estado.

Inútil decir que, a pesar de cuantas pesquisas mandamos practicar sir Guillermo y yo, el cofrecito de *Inglesina* no pareció. Averiguamos solamente que uno de los dos postillones era ahijado de un cardenal; lo cual le permitía añadir al oficio de ladrón el cargo de postillón.

Al cabo de ocho días, completamente restablecida, partió para Francia, llevando una carta cifrada de la reina de Nápoles para María Antonieta.

El 27 de agosto, el emperador Leopoldo celebró en Pilnitz la entrevista anunciada con el rey Federico Guill-

mo. Los dos testigos que concurren a ella eran los únicos que habrían podido dar a conocer el objeto de la conferencia; el uno era M. de Bouillé, que acababa de dar al Rey tan grande prueba de lealtad, en Varennes, procurando hasta el último instante arrancarle de las manos del pueblo; el otro era M. de Narbonne, aquel bizarro ministro de la Guerra a quien *madame Stael* quiso vanamente infundir algo de su genio. El nacimiento de dicho ministro estaba rodeado de misterio; pero ese misterio lo hacían bien transparente las hablurías de la Corte, donde se susurraba que Narbonne era nada menos que el fruto de un incesto entre el rey Luis XV y su hija *madame Adelaïda*, que entonces se encontraba en Roma, y que ocho años más tarde debíamos ver con sus dos hermanas en Palermo.

En tanto, las noticias de Francia eran mejores. La Asamblea nacional había terminado el acta constitucional, conocida luego con el nombre de constitución del 91. El 14 de septiembre el Rey se había presentado en las Constituyentes y prestó juramento a la Constitución, comprometiéndose a mantenerla por todos los poderes que le eran delegados.

Inmediatamente, como si la Asamblea no hubiese esperado más que este acto solemne para reconciliar a la nación con el Rey, fué concedida a Luis XVI la facultad de dar todas las órdenes que juzgase convenientes para su salvaguardia y la dignidad de su persona; los sellos de sus habitaciones fueron levantados, y el jardín, lo mismo que el castillo de las Tullerías, entregados al público.

Empero, los preparativos de guerra continuaban con igual actividad, tanto por parte del rey de Prusia, como del emperador Leopoldo y del rey Fernando, cuando repentinamente cundieron por la corte de Nápoles las noticias más estupendas e inesperadas. Se supo que el emperador Leopoldo había fallecido el día primero de marzo; que Gustavo III, rey de Suecia, había sido asesinado el 16 del propio mes; en fin, que el 20 de abril Francia ha-

bía declarado la guerra a Francisco I, rey de Bohemia y de Hungría.

No sabré decir si, en el estado de ánimo que se encontraba la Reina, deploró mucho la muerte de su hermano Leopoldo. No obstante el tratado de Pilnitz, a pesar de los preparativos exteriores de guerra, se decía por lo bajo que existía inteligencia entre el ministro francés Delmare y el gabinete de Viena para mantener la paz; en esa condición de filósofo, Leopoldo no era partidario de la guerra, y, además, estaba para ella.

El emperador Francisco, al contrario, el sobrino de la Reina que sucedió a su padre, caracterizaba completamente la contrarrevolución y era el hombre que respondía a las ansias de la reina María Carolina.

Era un alemán nacido en Florencia y por consiguiente, falso italiano y falso alemán, pero participando de ambas naturalezas. La reina de Nápoles creía poder ejercer una influencia fuerte sobre aquel hombre de entendimiento limitado, sobre aquel carácter débil y violento. Cuando yo le vi, diez años más tarde, era todavía un hombre joven, en el supuesto de que fuese un hombre y no una estatua; caminaba tieso y como movido por resortes, parecido al espectro de Banquo; su cutis era fresco y rosado. Sir Guillermo sólo decía:

—Ese hombre nunca tendrá remordimientos; comete el crimen a sabiendas y no sin conciencia.

La contrarrevolución había, pues, ganado mucho con la muerte de Leopoldo, puesto que a un emperador filósofo sucedía un santurrón e hipócrita; y la prueba no se hizo esperar, con gran satisfacción de María Carolina. Luego que el emperador Leopoldo hubo muerto, el embajador de Francia en Viena, M. de Noailles, quedó poco menos que prisionero en su palacio. Por lo que atañe a Prusia, había segundad; los emigrados conspiraban bajo su protección, y en una audiencia pública, el rey Federico Guillermo volvió la espalda a Mr. de Ségur, embajador de Luis XVI, o mejor, de

Asamblea nacional, y preguntó en alta voz al enviado de Coblenza o sea de los príncipes, cómo seguía el conde de Artois.

El asesinato de Gustavo era ciertamente un gran crimen, pero no una gran desgracia, a lo menos para la causa de los reyes. Sin ningún fundamento se decía que Gustavo había sido asesinado por los revolucionarios; no era cierto, pero, propalándose esta versión, podía achacarse un crimen más a nuestros enemigos. Es verdad que era designado como futuro general en jefe de la Revolución; pero, ¿era de temer ese general en jefe? Se decía de él que odiaba a Francia como un amante odia a su querida infiel, y su gran preocupación al morir era saber lo que Francia pensaría de su muerte.

—¿Qué dirá Brissot? — murmuró mientras espiraba.

En cuanto a la declaración de guerra de Francia a Austria, siendo notorio que era el ministerio girondino, y no el Rey, el que la declaraba, y que la determinó un ultimátum del emperador Francisco; en fin, como esta guerra colmaba todos los deseos de la Reina, fué recibida antes con satisfacción que desagrado.

El doble luto que se guardó en Nápoles por la muerte del emperador de Austria y del asesinato del rey de Suecia, fué, pues, a mi ver, un luto más oficial que de sentimiento.

LIV

En 1801, cuando atravesé el territorio alemán, a mi regreso de Viena con sir Guillermo y lord Nelson, vi en el destierro al hombre que, en 1792, había inducido al rey Luis XVI a declarar la guerra a Austria.

Este hombre era Carlos Francisco Dumouriez, que, por nuestro mal, sal-

vó a Francia en Valmy y Jemmapes.

Tanto había oído hablar de él en la corte de Nápoles, que le miré con la mayor curiosidad, y no perdí una sola palabra de la conversación que sostuvo con milord (1). Al llegar a ese período de mi vida, explicaré el efecto que me produjo.

Queda dicho que después de haber jurado la Constitución, se estableció una cierta paz entre la Asamblea, representante de la nación, y el Rey, que representaba el derecho divino, pero que, a despecho suyo y de la Reina, fué arrastrado a constituirse en adalid de los principios revolucionarios del 89. Hubiese sido más apropiado decir tregua, en vez de paz.

Esa tregua se quebrantó a la primera ocasión, y esta ocasión la ofreció la destitución de los ministros que habían hecho declarar la guerra.

Por una carta de la reina María Antonieta, a fines de junio nos enteramos del asalto de las Tullerías bajo la dirección del famoso Santerre, que, lo mismo que Cromwell, empezó siendo cervecero, pero que, careciendo de igual genio, se detuvo en el tercio del camino que recorrió el diputado de la Universidad de Cambridge. Esta carta era el penúltimo grito de desesperación de María Antonieta. El último, lanzado el 10 de agosto, no llegó a nuestros oídos. A partir del primero de julio de 1792, la reina Carolina sólo recibió noticias indirectas de su hermana, y lo que ocurría en Francia se vió únicamente como se ve de vez en cuando el resplandor a través de la tempestad.

La carta de la reina María Antonieta era extensa; en ella explicaba cómo Luis XVI había accedido a la guerra con Austria y sido el primero en proponerla a la Asamblea nacional.

María Carolina reconocía que su cuñado había procedido contra su voluntad; pero ignoraba la verdadera situación en que éste se encontraba. La

(1) Algunas veces, hablando de Nelson, lady Hamilton dice simplemente, en sus Memorias, *milord*.

carta de su hermana la exponía con toda precisión.

El Rey, a quien los jacobinos, Robespierre principalmente, acusaban de querer la guerra, la quería, en realidad, menos que nadie. En una guerra, él iba a salir perdiendo siempre; y la Reina lo demostraba muy bien. Una victoria de La Fayette o de otro general cualquiera no afianzaba el trono más que para someterlo a una tutela; por otro lado, una derrota exacerbaba los ánimos en París, formaba el motín en las calles, y de las calles lo arrastraba a las Tullerías, en donde no había penetrado aún; porque el Rey sería naturalmente acusado de haber preparado esa derrota, o cuando menos de mirarla con agrado. En fin, si, contra toda probabilidad, el Rey no desaparecía en la tormenta, si la realeza de derecho divino triunfaba, ¿de quién sería el provecho del triunfo? Sería en provecho de *Monsieur* (1) y de la emigración, porque éste no ocultaba sus propósitos: quería la abdicación de Luis XVI y la regencia hasta la mayoría de edad del Delfín.

La Reina, particularmente, tenía que temerle todo, y, aunque su carácter enérgico, que tanto se parecía al de María Carolina, la impulsaba a afrontar el peligro, no se le ocultaba que no contaba con amigos ni en París ni en el extranjero. En París llamábanla *madame Déficit* y *madame Véto*, y todo el pueblo era su enemigo. En Colblenza era objeto de injuriosos cantares, y tenía por enemigos mortales a *Monsieur* y al antiguo ministro Calónne, quien, después de haber sido su servidor, se sintió poseído de odio hacia ella y tenía sujeto a su albedrío al conde de Artois, antes adepto a la Reina, pero que luego se pasó al campo de sus adversarios.

Así que, la victoria de Francia equivalía probablemente a la ruina de la Reina; vencedores los Príncipes, era peor: era el repudio y un convento.

La guerra había sido declarada por

(1) Título que en la antigua monarquía francesa recibía el hermano del Rey que le seguía en edad.—(N. del T.)

el rey de Francia a Austria el 20 de abril. El 28 había tenido lugar, en Quiévrain, el primer encuentro. Los revolucionarios fueron vencidos y asesinaron, en un granero, al general Teobaldo Dillon, hermano de Arturo Dillon, de quien se decía que había sido el primer amante de María Antonieta. El odio contra la pobre reina de Francia era tan profundo, que los soldados, confundiendo a Teobaldo con Arturo, mataron a éste en odio a su hermano.

El otro fué más infortunado aún, pues murió en el cadalso el año 94.

Por desgracia, los prusianos no supieron sacar partido de estas primeras victorias. Tenían tan grande confianza en sí mismos, que el duque de Brunswick, a quien María Carolina había escrito recomendándole a su cuñado y a su hermana, le contestaba en los siguientes términos:

«Tranquílcese Vuestra Majestad. No es una guerra lo que vamos a emprender, sino un paseo militar. Nuestras etapas están señaladas de antemano, y sobre el 15 de septiembre estaremos en París.»

Y, en efecto, el 23 de agosto el general Clerflayt se apoderaba de Longwy, después de un bombardeo de veinticuatro horas, y el rey de Prusia personalmente entraba en Verdún y se ponía en marcha sobre París.

Pero antes de estas noticias algo tranquilizadoras, habíamos recibido otras de índole fatal.

El 10 de agosto las Tullerías habían sido tomadas por asalto, y el 13 el Rey y la familia real sido encerrados en el Temple.

Después se supo la matanza llevada a cabo en las prisiones. En el primer momento se dijo a la Reina que todos los prisioneros habían sido sacrificados, sin excluir al Rey ni a la Reina. La de Nápoles creyó volverse loca de rabia y de dolor.

Pero se recibió simultáneamente una carta de M. de Breteuil, agente de Luis XVI, y otra de M. de Mercy-Argenteau, que tranquilizaron a María

Carolina sobre este particular. El Rey y la reina de Francia vivían, pero se hablaba de procesar a Luis XVI.

M. de Mercy-Argenteau anunciaba, además, en postdata, que la Vendée se había sublevado. Así que, los republicanos tenían enfrente la espada del extranjero y en las entrañas llevaban el puñal realista.

Al propio tiempo tuvimos noticia de la victoria de Valmy, de la proclamación de la República, del proceso incoado al Rey y de la probable paz con Prusia. El paseo militar del rey Federico Guillermo no había pasado de las orillas del bosque de Argonne y se había detenido en el campo de la Luna.

Entonces la reina María Carolina resolvió hacer entrar en acción al gobierno napolitano.

El primer signo de hostilidad por parte del rey Fernando a la nueva República, fué rehusar reconocerla en la persona de su embajador el ciudadano Mackau, e instigar para que se hiciese lo mismo en Constantinopla con el ciudadano Sémonville. Luego, la Reina hizo redactar por el general Acton una nota dirigida a los gobiernos de Venecia y de Cerdeña. Esta nota, que tendía a una liga italiana, estaba concebida en los siguientes términos:

«Sea cual fuere en el Rin la situación de los ejércitos alemanes, importa al italiano tener en los Alpes fuerzas que le sirvan de baluarte y para impedir a los franceses, vencidos o vencedores en otros puntos, que vengán a molestar a los gobiernos italianos. Si el reino de Nápoles, la Cerdeña y Venecia se aliasen con dicha finalidad, el soberano pontífice se uniría a esta santa causa, los pequeños Estados intermedios se plegarían de grado o por fuerza al movimiento general, y resultaría un núcleo de fuerzas capaz de defender a Italia y darle peso e influencia en las guerras y consejos de Europa. El objeto de esta nota es proponer el establecimiento de una confederación en la que el rey de las Dos Sicilias adquiriría la mayor responsabilidad, aunque sea el último que pueda preocupar a las armas de Francia. Pero cree deber suyo recordar a los prin-

cipes italianos que la esperanza de escapar aisladamente al peligro de una invasión ha sido siempre la ruina de Italia.»

Se acababa de recibir la respuesta de Cerdeña, que aceptaba; en vísperas de recibirse la de Venecia, el 16 de diciembre, estando los ministros en Consejo con sir Guillermo, y yo en compañía de la Reina, con quien había almorzado, llamóme súbitamente María Carolina y señalándome el mar cubierto de buques en todo el espacio que media entre la punta del Posilipo y Capri:

—¿Qué es eso?—me preguntó.

Miré, ignorando como ella la procedencia y nacionalidad de aquellos navíos. Pero, cuando la escuadra estuvo a la vista de Nápoles, izó sus pabellones, y en sus tres colores, tan aborrecidos de la población de Nápoles, se reconoció una flota francesa.

En aquel momento oímos pasos precipitados en la habitación inmediata; la puerta se abrió con violencia, el Rey apareció muy pálido y agitado, y, arrojándose en un sillón, dijo a la Reina, señalando con el dedo en dirección al mar:

—¡He ahí su obra, señora!

La Reina palideció intensamente, pero de cólera; su labio inferior, su labio de austriaca, se plegó con desdén, frunció el ceño y mirando cara a cara a su marido, le dijo:

—¿Queréis hacerme el obsequio de explicaros, pues no entiendo lo que decís?

—¡Pardiez!—repuso el Rey;—es bien fácil de entender. Lograsteis que me negara a recibir a M. Magot (el Rey, en su jergonza napolitana, corrompía, adrede o involuntariamente, el nombre del embajador de la República francesa); me impulsasteis a escribir a mi buen amigo el Gran Turco, a quien no he visto en los días de mi vida, en el sentido de que, por su parte, se negase también a recibir a M. Sémonville; me habéis puesto a la cabeza de una confederación de príncipes italianos, de los cuales la mitad me abandonarán en medio del peligro, para formar una coalición contra Fran-

cia. Pues bien, aquí tenéis a Francia, que se amosca y me envía una escuadra. ¿Con qué objeto? Sábelo Dios. ¡Quizá para bombardear a Nápoles!

—Bien, y después, ¿qué?—dijo la Reina.

—¿Qué lenguaje es ése, señora?... ¿Después que Nápoles sea bombardeada?

—Nápoles será bombardeada si no se defiende.

—Al contrario, será bombardeada si se defiende.

—¿Os proponéis, pues, dejar entrar a los franceses en el puerto sin disparar un cañonazo?

—¡Ya lo creo! Por lo pronto, la pólvora que se elabora en Nápoles no vale nada, puesto que contiene diez veces más carbón que salitre; si mi pólvora para la caza fuese de Nápoles, no cobraría la tercera parte de las piezas que derribo; por eso empleo pólvora venida de Inglaterra.

—De manera que habéis ordenado...

—Que salgan al encuentro del buque almirante para recordar al jefe de la flota que por un antiguo tratado no se permite la entrada en el puerto más que a seis barcos de guerra franceses.

—¡Enhorabuena! — exclamó la Reina.

—Escuchadme... Y para decirle — continuó el Rey — que una golondrina no hace verano y que solamente le ruego, antes que ningún oficial de la flota salte a tierra, me haga conocer la feliz circunstancia que me facilita el honor de su visita.

—¿Lo oyes, Emma? — exclamó la Reina con impaciencia y golpeando con el pie.

El Rey afectó no reparar en este movimiento de María Carolina.

—¡Ea! — dijo el Rey, — allá va el capitán Francisco Caracciolo, en la canoa real, a cumplir mi mandato.

—¡Os admiro, señor! — repuso la Reina con acento burlesco. — Enviáis un príncipe a gente republicana.

—Señora, como entiendo que la República francesa me envía lo que tiene de más selecto, yo, a mi vez, también le envío lo más escogido de que dispongo. ¡Esos bribones de franceses,

esos diablos de jacobinos no temen nada! Ved el buque almirante cómo fondea a medio tiro de cañón del castille del Huevo. Seguramente saben que nuestra pólvora es de mala calidad, pues de lo contrario no se expondrían a ser echados a pique.

—¡No! — murmuró la Reina, — no es éso lo que saben, sino otra cosa...

—¿Que yo soy incapaz de sacar partido de su imprudencia? — dijo el Rey con ese tono burlón que no permitía adivinar si hablaba en serio o en broma, si decía una agudeza o una necesidad. — Tienen razón esos queridos desaharrapados. Ahora, toda la flota se extiende en línea de batalla, maniobrando con maravillosa precisión. Y cuando se considera que hace ocho o diez años que mi ministro de Marina, el general Acton, consume ocho o diez millones anualmente prometiéndome una escuadra que nunca veo construída; con cien millones podría yo disponer de una flota dos veces más numerosa que ésta. Asistid al Consejo, señora, y haced esta observación al señor Juan Acton. Vuestras palabras le producirán más efecto que si fuese yo el que le hablase; porque, en fin, si yo tuviese una escuadra dos veces más numerosa que esa francesa que acaba de anclar en nuestras aguas, podríamos defendernos, por mala que fuese nuestra pólvora, al paso que ahora, con pólvora mala y cinco o seis malos barcos, la defensa es imposible.

La Reina, que comprendía la intención del Rey, se mordió los labios. Las palabras de Fernando significaban: «Tienes un marido que es un cobarde y un amante que es un ladrón.»

—Tenéis razón, señor — dijo María Carolina; — iré al Consejo y hablaré en el sentido que me indicáis.

—¡Oh! tenéis tiempo sobrado. Caracciolo sube ahora a bordo. ¡Y cómo se muestra intrigado este pueblo bo-nachón! Todo Nápoles está en el muelle...

—¡Qué cinismo! — murmuró la Reina. — ¿Lo oyes?

—¡Diablo! — continuó diciendo el Rey; — la entrevista no ha sido larga. Caracciolo abandona el barco almirante.

te. Antes de diez minutos estará aquí. ¿Nos dispensaréis el honor de asistir al Consejo, señora? Ya sabéis que tenéis derecho a ello, por haber dado un heredero a la Corona; usando de ese derecho, se ha desprendido, ha suprimido a Tannucci; él se inclinaba hacia la política francesa, vos optabais por la austriaca. ¡Oh! ¡si Tannucci estuviese aquí, nos daría un buen consejo!

Y el Rey salió meneando la cabeza y diciendo:

—¡Pobre Tannucci!

LV

Declaro que mi estupefacción había llegado al colmo. Sabía que el rey de Nápoles era muy poco celoso de su propia dignidad; pero ignoraba que la hubiese olvidado hasta tal grado.

Miré a la Reina.
—¿Irá Vuestra Majestad, señora? — le pregunté.

—¡Oh! ciertamente, iré; y tú vendrás conmigo — dijo.

—Yo, señora! ¿y con qué carácter?

—Vendrás conmigo — repuso María Carolina con viveza. — Quiero que puedas contar a sir Guillermo lo que ocurre.

Nada había que objetar; no era una invitación, sino una orden. Seguí a la Reina, y a los cinco minutos entramos en el Consejo, que era formado por el general Acton, Carlos de Marco, Fernando Corradini, Severo Simonetti y Luis de Médicis. El Rey presidía el Consejo, pero, como de costumbre, desapareciendo a intervalos.

Fernando había calculado bien el tiempo que el capitán Caracciolo emplearía en regresar del buque almirante francés. No bien hubo la Reina ocupado su puesto en la mesa, frente al Rey, y yo me hube sentado en un án-

gulo, se abrió la puerta y anunció al mensajero.

Era la primera vez que yo veía al personaje en cuya muerte debía, siete años más tarde, tomar tan cruel participación. Caracciolo era a la sazón un hombre de cuarenta años, de ojos negros y facciones enérgicas. Había en él algo de áspero y dominador que denunciaba al noble de abolengo; y, en efecto, era príncipe, o por mejor decir, era una rama de los príncipes Caracciolo, descendiente de los famosos Caracciolo que tan importante papel desempeñaron en las guerras civiles de Nápoles, y uno de los cuales, Sergiani, amante de la reina Juana II, fué asesinado en el castillo Capuano, en venganza del bofetón que en un momento de ira había aplicado a su real amante.

Caracciolo entró, miró en torno suyo, pareció asombrarse de ver a dos mujeres, una de ellas desconocida, asistir al Consejo, saludó profundamente y permaneció en silencio.

—¿Y qué? — preguntó Fernando con impaciencia.

—¿Me ordena hablar Su Majestad? — dijo Caracciolo.

—¿Tienes necesidad de una orden para dar una respuesta al Rey?

—El Rey estaba solo cuando me envió...

—Sí — dijo la Reina, — y ahora se encuentra acompañado; pero me parece que usted debe de conocer a las personas ante quienes ha sido introducido.

—Tengo el honor de conocer a Sus Majestades y a Sus Excelencias — respondió con firme acento Caracciolo; — pero no tengo el honor de conocer a la señora.

—Esta señora es mi amiga íntima — dijo la Reina.

—Es un título a nuestro respeto, señora — repuso el Príncipe inclinándose; — pero, como se trata de asuntos de Estado...

—¿Quiere usted ordenar al capitán Caracciolo que hable, general? — dijo la Reina al ministro Acton. — Quizá una orden suya sea más eficaz que la invitación del Rey y la mía.

—¡A ver, habla! — dijo el Rey.
— Señor — repuso Caracciolo, — el ofi-